

EL HOMBRE AGRADECIDO:

COMEDIA DE COSTUMBRES,

P. 24-13

EN TRES ACTOS.

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PERSONAS.

D. Bruno, hombre extraño y agradecido.

D. Lorenzo, joven fácil.

Doña Blasa, muger vana.

Doña Antonia, joven juiciosa.

Mariquita, Criada chismosa.

D. Simon, Andaluz.

D. Ruperto, embrollón.

Un Escribano de mal génio.

La escena es en Madrid en la sala de una casa perfectamente puesta.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa una magnífica pieza de una casa perfectamente albajada con sus espejos de vestir naturales, y sus mesas, cornucopias, arañas de cristal en medio, taburetes decentes, mesa á un lado con su recado de escribir y una papelera. En el fondo de la pieza habrá una puerta transitable que introduce á un quarto decente. Encima de esa mesa habrá tambien un reloj. Sale afanada Doña Antonia, y mira que hora es.

Ant. Las siete son, y aun no vino.

¡No vi mas extraño génio
que el de mi cuñada! tres
recados á lo que entiendo
se le han enviado al bayle
y no ha hecho caso de ellos;
sin embargo de decirle
que hay un asunto funesto
en esta casa:: ¡Oh caprichos!
¡Oh seductores efectos
del amor y del orgullo!
¡A qué fatales extremos
habeis á un hermano docil
hecho llegar! ¡Santos Cielos!
¿Qué haré? ¿Qué resolveré?
¿Buscaré sus compañeros?
¿Apelaré á sus amigos?...
Mas por inutil lo tengo,
que la amistad y el amor
duran solo en este tiempo,
hasta la desgracia. Mientras

la felicidad el centro
de una casa habita, todos
asisten á ella propensos
y asi que entra la desgracia
huyen hasta de su dueño:
haré llamar á su Agente...
¿A su Agente? ¡Ah! que el fiero
incitador de su orgullo
no le buscará consuelo.
Esta quiebra, esta prision
de mi hermano::

Sale Mariquita. Entrad corriendo
señora que el Escribano
quiere embargar quanto hay dentro
de vuestro quarto. *Ant.* ¿Qué dices?
Mariq. Y si usted viera que génio
tiene, y que mal humor gasta,
ni un hidalgo recién hecho,
responde con tanto orgullo
como él. *Ant.* Venme siguiendo
que yo le diré::



NA 1088432
NEA 1611348

A

Sar

Sale el Escribano, con un Escribiente y un Alguacil.

Escrib. Señora

dadme la llave al momento de ese otro cuarto. *Ant.* Aquí está. Pero mirad que os advierto, que todo quanto contiene, es mio propio, y ageno de la quiebra, pues son bienes que en la parte me cupieron de la herencia de mis padres.

Escrib. Eso Señora es enredo.

Ant. Secretario, poco á poco; hable usted con miramiento.

Escrib. Y usted respete algo mas, de la justicia los fueros.

Ant. Los fueros de la justicia en la justicia respeto; pero no respetaré al que quiera abusar de ellos, para insultar á una joven, con semejantes dicerios... Con esa voz intimide al pobre; y al jornalero que ignoran quanto los Jueces velan en hacer atentos á sus Ministros, no á quien sabe, que ustedes en ellos si faltan á sus deberes encuentran castigos fieros.

Escrib. Muy bachillera es usted.

Ant. Y usted muy osado, y necio.

Escrib. Marche usted á hacer labor, y no nos rompa los sesos.

Mariq. El hombre entre verduleras ha aprendido á ser atento.

Ant. Usted haga todo quanto es concerniente á su empleo, pero con moderacion.

Escrib. Pon. Primero, dos espejos de vestir, con sus adornos de talla dorados. *Ant.* ¿Qué estos sonrojos al Comerciante malgastador é indiscreto no corrijan? ¡Ay Hermano tu condescendiente génio, con tu muger! ¿En qué abismo te ha anegado de tormentos? por su vanidad, y luxo te ves en la carcel preso,

sin Amigos, sin apoyo, sin caudales, ni conceptos: los desiguales enlaces jamás acertados fueron en el Comerciante. *Mariq.* Vea usted si ha tenido acierto con el suyo el Amo... El Amo si hubiera estado contento con su suerte, hubiera sido feliz con un himenéo igual; pero pretendió nobleza para el intento; y la nobleza el juguete de la fortuna le ha hecho; pero que habia de hacer, si el disparatado génio de mi Ama... *Ant.* Mariquita, trata á tu Ama con respeto.

Mariq. ¿Si no lo fuera estaria todavía de buréo en un bayle? *Ant.* Ya te he dicho que hables con mas miramiento de tu Ama, que si yo de su conducta me quezo á veces, soy su Cuñada.

Mariq. Que quiere decir lo mesmo que su enemiga.

Ant. ¿No callas?

Mas ya viene segun creo, con Don Simon, y su Agente,

Mariq. Valiente par de embusteros.

Sale Doña Blasa con bata exquisita, ricamente prendida, y adornada, sirviendola de braceros Don Simon, y Don Ruperto.

Blas. Ja, ja, ja, que tonterias riendo con la pasion de los zelos ha hecho Pepita.. ¡Pero ola!

¿Qué es lo que estan escribiendo estos hombres? *Ant.* Si tu hubieras venido al instante á verlo que te hice llamar, sabrias todo lo que están haciendo.

Escrib. Esto es que vuestro marido ha quebrado, y está preso en la carcel por la quiebra; que en esto paran los necios Comerciantes, que sus casas confian á los mancebos, y que apetezen ser mas,

para venir à ser menos.

Blas. Le está muy bien empleado; si el se hubiera hecho con tiempo noble, no le sucediera lo que le está sucediendo; porque á los nobles por deudas, no les pueden poner presos, pero así escarmentará; mas usted de todo ello tiene la culpa, que ha ido con tanta pachorra haciendo las diligencias, y el Arbol Genealógico. **Rup.** Si en ello hay tantas dificultades que vencer:::- Hay dos abuelos con algunos lunarcillos, que es preciso obscurcerlos. El uno tubo meson, el otro fue tabernero.

Blas. Perra de mi, que ensucie la alcurnia de mis abuelos con esta boda:::- Si llega á saber mi casamiento, un tatarabuelo mio, que está en cierto cementerio de las montañas, el busto que está en su sepulcro puesto se ha de hacer dos mil pedazos de pesar. **Ant.** Pero á todo esto, ¿Qué dispones? **Blas.** ¿Soy yo hija por ventura del Comercio para saberlo? Tu que te has criado en sus enredos, dispón lo que te dé gana, que yo me cargo de sueño de la mala noche. **Ant.** Mira que esto requiere remedio.

Blas. Yo no entiendo de esas cosas y dexame. **Escrib.** Ya está hecho el embargo enteramente de esta sala. Ahora pasemos á ver lo que estas señoras tienen. **Blas.** ¿Cómo? ¿Cómo es eso? Yo soy noble, y debe usted, respetar mis privilegios.

Escrib. Quanto se halle en esta casa señora, embargar yo debo.

Blas. ¿Pero Señor Secretario no puede tener remedio este asunto? **Escrib.** De manera,

que si estos dos Caballeros fuesen bastante abonados para el depósito, y luego...

Rup. ¡Zape! Que este es un petardo.

Escrib. Mediasen algunos pesos para el Escribiente, fuera el quebranto mucho menos, y saldria de la Carcel vuestro Esposo. **Blas.** No hablo de eso, no hablo de eso, sino solo de que se evite el seqüestro de mi ropa y mis alhajas..

Escrib. Expliquese usted; veremos lo que puedo hacer. **Blas.** Bien clara he dicho á usted que deseo se exceptuen del embargo mis alhajas.

Escrib. No os comprehendo por esas señas, y así vamos á embargar el resto.

Blas. ¿Y ahora me entendeis? *le dá di.*

Escrib. Señora, *(nero.*

Se quita el sombrero.

ved en qué serviros puedo.

Blas. En que en mi poder se queden todas las galas que tengo.

Ant. Antes mira por sus galas, que por su marido; el Cielo de tu insentatéz ataje los desmedidos progresos.

Se sienta en el foro.

Rup. Bueno será Don Simon, que escurramos de aqui el cuerpo.

Sim. Dice usted muy bien. Señora, sentimos con mucho extremo vuestro infortunio; y si acaso para algo nos halla buenos, mande usted que por su alivio quanto haya que hacer, harémos.

Escrib. En virtud de eso, es forzoso que se constituyan luego depositarios de todo, quanto seqüestrado dexo, y se obliguen con sus bienes á dar cuenta exacta de ello.

Sim. Yo no puedo serlo. **Blas.** ¿Cómo?

Sim. Como no soy liso, lego, ni abonado. **Blas.** ¿Por qué causa?

Sim. N soy liso porque tengo muchos dobleces; no soy

lego porque soy profeso
de la hermandad de la fonda;
ni abonado porque creo
que un Mayorazgo Andalúz
en muy poco puede serlo.

Vase.

Blas. ¿Así corresponde el vil
á los tantos miles pesos
que nos debe? *Rup.* Al beneficio,
comunmente sigue luego
la ingratitud. *Blas.* ¡O que poco
los que á vos os hemos hecho
pagareis así! Escribano
haced el allanamiento,
que el Señor le firmará
con su gratitud cumpliendo.

Rup. Señora, yo le firmára...
Pero las ocho. No puedo
detenerme mas, agur
que es hora de ir al Consejo. *Vase.*

Blas. ¿Se dará mayor infamia?
¿Los Amigos verdaderos
son estos? *Mariq.* En estos lances,
hay pocos que no hagan esto.

Ant. Ya hallé medio de hacer ver
Se levanta.

el honor con que yo pienso.
Mariquita, sigueme.

Mariq. ¿A donde, Señora?

Ant. Adentro. *Se entran.*

Blas. ¿En tal lance, Secretario
digame usted qué hacer debo?

Escrib. Yo lo mas que por usted
en este caso hacer puedo,
es darla, para que busque
depositario, de tiempo
todo el dia. *Blas.* ¿Y si no le hallo?

Escrib. Entonces no habrá remedio:
me habré de llevar las llaves
de quanto embargado dexo.

Blas. Cierto que tiene usted modo.

Escrib. Ninguno me gana á atento.

*Salen Doña Antonia con una Escritu-
ra en la mano, y Mariquita con
ropa, y alhajas.*

Ant. Una vez que usted dudaba
de los haberes que tengo;
vea usted esa Escritura.

Blas. ¿Que intentará hacer con esto
mi Cuñada? ¿Quién diría
que en tan vergonzoso aprieto,

una muger tan ilustre
había de verse? *Escrib.* Cierto
es todo quanto me ha dicho,
y tendrá el lugar primero
esta escritura en la quiebra.

Ant. No os la doy con ese intento
sino solo para que
en virtud de que hipoteco
mi legitima, mi hermano
salga de la carcel luego;
que yo por su libertad
desde este instante la cedo.

Escrib. No pueden cubrir la quiebra
los veinte y quatro mil pesos
que os tocan, aunque se añadan
todos los bienes y efectos
embargados; y así es fuerza
que en tanto subsista preso.

Ant. Si no bastan; Mariquita
toda quanta ropa tengo
entrega al Señor. *Mariq.* Tomadla.

Ant. Y si no es suficiente eso
de las joyas, las sortijas,
relojes ricos, y aderezo
que traygo para mi adorno,
voluntaria me desprendo;
para que la libertad
cobre un hermano que quiero,
y aprenda á ser humano
un corazon altanero.

Escrib. Nada de esto basta:-- Vos
buscad fiador al momento;
de lo contrario, usaré
de la facultad que tengo,
y entre tanto del embargo,
voy á concluir el resto. *Vanse.*

Ant. Quanto en favor de mi hermano
siento no hacer este obsequio.

Blas. Estamos bien. ¿Con qué si
depositario no encuentro
no podré con aquel luxo
propio de mi nacimiento,
presentarme? ¡Qué desdoro!
¡Qué ultrage! ¡Qué vilipendio
para mi familia! *Ant.* Chica,
llevemos esto allá dentro.

Blas. Voy á ver si de este modo ap.
mi fatalidad remedio.
Espera hermana, y los brazos
toma en agradecimiento

de tu bondad. Con tu accion
has cautivado mi pecho.

Ant. He cumplido con la deuda
que al amor fraternal debo.

Blas. Desde hoy por esta accion
merecerás mi respeto.

Ant. Y tu si buscas arbitrios
de facilitar consuelo
á mi hermano; en mi cariño
tendrás el lugar primero.

Blas. Yo, hermana; hablaria al Juez,
me veria con sugetos
de la Corte; trataria
con los acrehedores; pero
para visitar, y hablar
con algun merecimiento,
es necesario que el porte
sea agradable al empeño,
y esto no puedo tenerle
si entra mi ropa en seqüestros;
pero si tú con tu hijuela
afianzases, desde luego
sin vergüenza presentarme
podria á qualquier sugeto,
que aunque dicen que en el porte
no se repara, yo veo
que un tuno vestido entra,
donde no entra un Caballero
desnudo.... Supone mucho
en Madrid el lucimiento
en una muger que pide,
para tener buen efecto.
¿Afianzarás con tu hijuela?
¿Qué dices? *Ant.* Que te comprendo,
y que fuera necesidad
contribuir á tus excesos.
Para alivio de mi hermano,
para adquirirle el concepto
perdido, para sacarle
de su destino funesto,
estoy dispuesta á entregar
quanto valgo y quanto tengo;
pero para fomentar
tus vanidades de nuevo,
nada entregaré; si quieres
encontrar fino mi afecto
en un todo, tus delirios
vé corrigiendo primero;
modera el porte y el fausto;
vive conforme al empleo

ó destino de mi hermano;
y despues que me hayas de ello
dado pruebas, mis caudales
contigo partir ofrezco,
ofrezco tu amiga ser,
y aplaudir tus pensamientos. *Vase.*

Mariq. Ya hay que contar; sentiria
se me pudriese en el cuerpo. *Vase.*

Blas. En fin plebeya y criada
entre gente del comercio,
bien dice el refran que nunca
puede dar el olmo peros.
Si pudiese mis alhajas
ocultar; si hallase medio
para sacar mis vestidos;
pero es imposible hacerlo
estando aqui el Escribano.
Si mi Marido hubiese pecho
lo que le dixé antes:-- Mas
toda la culpa me tengo
que me casé, siendo noble
con un hombre del comercio;
que aunque era pobre, y mis padres
otro dote no me dieron
que el de la nobleza, el mundo
aprecia sus privilegios
tanto que por conseguirla
muchos, se quedan en cueros
otros:-- De la mala noche
el sueño me está rindiendo.
Voyme á mi quarto:-- Mas no
que el Escribano irá luego:--
En esta silla podré
descansar unos momentos. *Se sienta.*
Si baylo otra contradanza:--
Y á baylar bolero vuelvo:--
No se puede tanto:-- Como
sé baylar con tanto esmero:
todos... *Se duerme. naturalmente.*
Sale Don Bruno de camino vestido
Brun. ¿Cómo estará abierta
una casa de comercio
de este modo? ¿Qué descuido
tan reprehensible!... Veremos:--
Mucha profusion es esta
para un Comerciante:-- Pienso:--
Una Madama dormida
muy Petimetra alli veo.
Petimetras en las casas
donde se debe el dinero

economizar?... ¡Qué peste!
 El hijo de Don Anselmo
 será un loco::- ¡Pobre casa!
 Pero quién me mete en esto
 á mi?... Mi ridiculéz...
 Pero mudaré de genio
 en España. Es necesario,
 que de Jamaica dexemos
 la seriedad Anglicana...

Como he estado tanto tiempo
 entre Ingleses::: Pero vamos
 á buscar á Don Lorenzo,
 que es el hijo de aquel hombre
 á quien mi fortuna debo
 Ola. Ola. *Blas.* ¿Qué buscais?

¿Quién sois? Decidlo al momento.

Brun. Soy Señora un Comerciante.

Blas. Puf que mueble. *Vase.*

Sale el Escribano con los dos.

Escrib. Vamos luego
 á vuestro quarto á acabar
 el embargo... *Vase.*

Brun. ¿Cómo es eso
 de embargo?... ¿Por que motivo
 se está haciendo? Mas se fueron.
 ¿Ha de casa? ¿Ha de casa?
 ¿No responden? ¡Bueno es esto!
 ¿Qué no hay nadie?

Sale Doña Antonia.

Ant. Poco á poco,
 y no griteis Caballero.

Brun. Yo no grito, y si he gritado;
 sabed Señora que puedo.

Ant. No podeis, y si venis
 á cobrar algun dinero
 de Don Lorenzo, acudid
 como los demás han hecho
 al Juez que de su prision,
 y quiebra está conociendo.

Brun. ¿Quebró he? ¿y está en la Carcel?
 valiente negocio ha hecho;
 habrá sido un ignorante,
 ó un despilfarrado. ¡Bueno!
 y vos que sois su muger
 habreis contribuido á ello
 no es eso? Pobre muchacho,
 en años bastante tiernos
 ha empezado la desgracia
 á perseguirle. *Ant.* Yo os ruego
 que no os burleis de mi hermano

ni me insulteis, si derecho
 teneis en la quiebra al Juez
 id á hacerle manifesto.

Brun. No tengo derecho á nada.

¿No me conocéis? Ya veo
 que no. Yo soy Bruno aquel
 huérfano que Don Anselmo
 vuestro Padre recogió
 en su casa de pequeño,
 y que desde mozo le hizo
 cobrador, despues mancebo..
 que le enseñó, le educó...
 Aun todabia me acuerdo
 de los tirones de orejas

que me dió; y como el efecto
 que me hicieron reconozco,
 con llanto los agradezco.

¿Lo entendéis? Despues me dió
 una porcion de dinero
 para que me bandease
 en Indias, donde el comercio
 hice con tanta fortuna
 que en quince años poco menos
 he adquirido saneados
 quatro millones de pesos,
 y todo ello á vuestro Padre
 Don Anselmo se lo debo.
 ¿Qué respondeis? ¿Vos supongo
 que tendreis noticias de esto?

Ant. Muchas. *Brun.* Pues agur *Vase.*

Ant. ¡Qué exemplo
 de ingrata á la edad
 dará este hombre! Debiendo
 á mi Padre quanto tiene,
 segun confiesa, no ha hecho
 en favor de un hijo suyo
 el menor ofrecimiento,
 antes se ha ido de aquí
 con un modo muy grosero.
 Sin embargo, sin saber
 primeramente su génio
 no debo culparle pues
 un hombre que se halla dueño
 de unos caudales tan grandes,
 y no tiene engreimiento
 para pintar la humildad
 de sus principios, no creo
 que pueda la ingratitud
 tener en él cabimiento.
 Y así hablandole quiza

y pintándole el funesto estado de nuestra casa, mediante un ofrecimiento, y alguna seguridad, puede ser que por su medio la casa, y la libertad de mi hermano restauremos; pero hablar á mi Cuñada antes de todo pretendo para acordar.... Mas aquí con el Escribano pienso que buelve.

Salen el Escribano, el Escribiente, y el Alguacil, Doña Blasa, la que saldrá muy enfadada, y se pasará sin cesar con muestra de enojo.

Escrib. Quedad con Dios y cuenta no perdais tiempo en buscar depositario.

Blas. De no os llebareis todo esto.

¿No es eso? Desde este instante haced que carguen con ello.

Paseandose siempre.

Escrib. Reparad::

Blas. No vi en mi vida Escribano mas molesto.

Escrib. De todo Escribano dicen en estos lances lo mesmo. *Vase.*

Ant. Hermana, si te interesa la libertad y el concepto de tu marido, es preciso que seriamente pensemos en ver::-

Blas. Una muger noble no tiene ningun talento para pensar bien::- Allá vé á pensar con los plebeyos.

Ant. Muger dexa esos caprichos, y escucha un medio que pienso para salir del asunto.

Blas. Como me he estado á buréo toda la noche.. *Ant.* Repara, que puede muy útil sernos...

Blas. Como tan disparatado á demas el génio tengo.

Ant. No te entiendo. *Blas.* Si el juguete de la fortuna yo he hecho á mi marido... Gazmoña dexa de andar, atrevida, sin respeto.

¿Por qué delante de mí, no profieres los dicterios que detras? ¿Piensas que ignoro que has dicho de mí todo esto? ¿En qué soy disparatada? ¿En qué he sido el instrumento de la quiebra? ¿En que soy loca por ir á un bayle casero á divertirme? Tus voces todas son de envidia efecto. Como ves que todo el mundo ofrece á mi rostro incienso, que el primer lugar en todas las concurrencias merezco, que jamas salgo sin coche, que baylo bien el bolero, que dos pares de zapatos todos los dias estreno, que el peluquero me cuesta mensualmente veinte pesos, que en la banca cada noche veinte, ó treinta onzas pierdo, y que regalo vestidos bordados á los toreros; te está llevando pateta; pero rabia, que si el necio de tu hermano con mi lustre, quiso formar los cimientos de su casa, has de saber que su ambicioso deseo le ha de costar caro, y que en admitir su himené, le hice un favor que no pueden todos los caudales vuestros recompensar. ¿ Está usted? y otra vez con mas respeto hable la plebeya, y sepa venerar mis privilegios.

Ant. Voyme á encerrar en mi quarto por no ver tu desenfreno. *Vase.*

Blas. Sin disculparse se vá haciendo total desprecio de mis razones, bien dicen que las gentes del comercio tienen poquísimo modo con los nobles, y todo ello dimana de que los nobles siempre les están debiendo: pero por razon de estado y porque á mi esposo quiero como

como

como debó, es necesario ver al Juez, y á otros sugetos: que pueden en su infortunio proporcionarle consuelo; para lo qual con la criada salir de casa resuelvo.

¿Mariquita?

Sale Mariquita. ¿Qué mandais?

Blas. Veme á buſcar allá dentro mantilla y basquiña. Corre que nos urge el salir presto de casa.

Mariq. Ya voy:- ¿Pero antes lo que ha habido no sabremos con la gazmoña? ¿Qué ha dicho á los cargos que usted le ha hecho?

Blas. ¿Qué habia de decir? Nada, amorró, y calló. *Mariq.* Lo creo, en eso usted habrá visto que quanto la digo es cierto.

¿Pero qué le ha dicho usted?

Blas. La he dicho:::

Mariq. Al instante buelvo, *hace que* que con el gusto de oir (*se vá* que ella no ha tenido aliento para responder, me habia olvidado de ir á dentro.

por la mantilla. *Blas.* Decirte lo que la dixé, es primero

que todo. *Mariq.* De esa manera, entraré por ella luego.

Blas. Mira, la dixé, que advierta que es muy notable el exceso que hay de ella á mí.

Mariq. Fue bien dicho que así aprenderá á temeros.

Blas. La dixé además, que yo tenia merecimientos que superan á los suyos.

Mariq. Por ese pico hechicero quanto la requiero á usted.

Blas. La dixé además que tengo en todas las concurrencias de Madrid mucho concepto, y que mire que nació en el estado plebeyo.

Mariq. Merece usted que la dé por eso quatro mil besos: si yo por un mes tan solo me encontrase en el pellejo

de usted, ó habia de hacer que moderáse su génio, ó que se fuese de casa.

Blas. Era demasiado exceso ese. *Mariq.* Si era demasiado, la pondria en un convento.

Blas. Aunque me enfadan sus cosas en caridad la toléro sus sandezes... Pero vé á obedecer mis preceptos.

Mariq. Ya tengo tela cortada para zurcir otro enredo.

Vase

Blas. Si enviudase, y de casarme tuviese otra vez deseos, no me casára con hombre que se hallas en el empeño de mantener á una hermana consigo, por todo un Reyno. ¿Pero qué ésto me distraiga de los asuntos que tengo entre manos?... ¡Que tan raro tenga el capricho y el génio!

Sale Mariquita

Mariq. Aquí tiene usted Señora mantilla, y basquiña... ¿Pero no es aquel mi amo? El es Señora abrazad corriendo á mi Señor... ¿No le veis?

Sale Don Lorenzo

Lorenz. Esposa. *Se abrazan.*

Blas. Adorado dueño:

¿Qué novedad?... ¿Quién, ó como facilitó tu consuelo?

Quién te ha dado libertad?

respondeme pues. *Lorenz.* El Cielo.

Blas. ¿El Cielo?

Lorenz. Sí, el Cielo Esposa; que de otro modo contemplo no podia suceder. *Blas.* ¿Qué dices?

Lorenz. Que haber sugeto que por otro en estos dias haga por un mero efecto de humanidad, la accion de pagar sus descubiertos, es obra (porque los hombres se apartan de sus preceptos) del Cielo solo; y así nuestra gratitud mostremos al Cielo. *Blas.* ¿Pero no sabes con que motivo, ó pretexto

por tí han pagado? *Lorenz.* No sé, mas sino que al Juez le dieron en vales reales la suma, que importa lo que yo debo.

Blas. ¿Con que ya de mis alhajas usar podré según eso?

Mariq. Eso es lo que le dolía *ap.*

Lorenz. Sí, y de aquí á pocos momentos vendrá otra vez á dexar mis libros, casa y efectos corrientes el Escribano.

Blas. Yo apuesto á que no es plebeyo el que ha tenido valor de pagar tu descubierto, porque un corazón humilde no puede hacer nobles hechos.

Lorenz. Calla que sobre ese asunto quiero darte unos consejos, para lo qual ven conmigo.

Blas. Ahorá me caigo de sueño, y no puedo oírlos. *Lorenz.* Ven que desde hoy mudar pretendo de vida. *Blas.* ¡Qué pesadéz!

Lorenz. Sin embargo, ven adentro. *Mientras andan para entrarse, sale Don Simon.*

Sim. Pues me han dicho que ha salido de la carcel Don Lorenzo, introducirme en su casa otra vez de nuevo quiero con algun ardid. Amigo dame los brazos, y en ello de mi amistad las albricias recibe... *Lorenz.* Yo lo agradezco.

Sim. ¿Cómo teneis libertad?

Lorenz. A un incognito la debo.

Sim. ¿Si vieras hombre por tí lo que mi amistad ha hecho?

Blas. ¿Qué habeis hecho? Si tan vil, tan desconocido y fiero fuisteis, que á ser fiador os negasteis desatento.

Sim. Ved Señoras:-

Blas. ¿Qué he de ver? Idos de mi casa luego.

Sim. Esto es malo. Que se acaba el estafar á estos necios; pero pues no saben quien pagó la quiebra, resuelvo engañarlos... *Lorenz.* ¿Con que vos

siendo amigo verdadero os negasteis á salir por fiador? *Sim.* Eres muy necio, que no conoces las miras que mi amistad llevó en ello.

El incognito que dió por tu desfalco el dinero, ¿quién te parece que es? Yo, yo, pero esto quise hacerlo de modo que no sonáse; porque quando en los sujetos hay verdadera amistad, lo manifiestan con hechos que acreditan, que el que habla regularmente hace menos.

Blas. ¿No te dixé que en un noble solo cabia tal hecho?

Lorenz. Amigo quantos favores, quantas honras os debemos, en tanto que la fortuna nos dispensa algunos medios para pagaros, contad con nuestro agradecimiento y con que quanto hay en la casa.

Sim. Eso es lo que yo deseo.

Nada me debeis amigo, que la amistad que os profeso no es interesada.

Sale Don Bruno, y saliendo dice los versos siguientes.

Brun. ¿Adónde, á donde está Don Lorenzo, el perdulario, el pobre hombre que estaba en la Carcel preso?

Blas. Aquí está. Pero si acaso acudis por el dinero de las letras protestadas, id á cobrar al momento ante el Juez. *Brun.* Vuelvo á decir que de esta casa no quiero nada, nada. *Lorenz.* ¿Qué buscais? ¿Quién sois?

Brun. Aquí podeis verlo *le dà un pap.* ¿Ola? Entrad el equipage que aquí á hospedarme vengo, que esta es mi casa. *Blas.* Os alabo la satisfacion *Lorenz.* En vuestros brazos de mi gratitud el justo agradecimiento recibid. ¿Don Bruno, vos?

B

Brun.

Brun. Dexate de cumplimientos,
y mira que habitacion
me destinas. *Blas.* ¿Qué es aquesto?
Lorenz. Toma, y mira hasta qué punto
llega el agradecimiento
de un Criado. Vos podeis
poner en ese aposento
quanto traigais. *Brun.* Tu muger
que será ésta, segun creo,
si como tiene donayre,
tiene discurso y talento,
te puede ser para todo
de utilidad y provecho,
me ha gustado... Usted es bella
Señora, y yo lo celebro.
Voy á hacer que mi equipage
entren mis criados luego.
Es un buen muchacho el hijo
de mi Amo Don Anselmo. *Vase.*
Blas. Hombre ruin, hombre indigno
del nombre de Caballero;
¿es usted el que ha pagado
la quiebra? ¿Lea usted esto?
¿se llama usted Bruno? *Sim.* Ved,
que como tengo este génio
alegre... *Blas.* Mejor seria,
que dixese usted embustero.
Sim. Esta es la primera vez
que menti; bien podeis creerlo,
que á fe de Andalucía lo juro.
Lorenz. Idos de casa al momento,
y pensad en ver el cómo
me habeis de dar el dinero
que me debeis, y de no,
sabré apelar á otros medios.
Sim. Pero si todo fue chanza.
Lorenz. Fue poco amor y respeto
á la amistad, y asi idos.
Sim. En tomando case vuelvo. *Vase.*
Lorenz. ¿Ves lo que son los Amigos?
¿Ves lo que son esos fieros
seductores de tu orgullo?
¿Ves sus iniquos consejos,
á qué extremo de desgracia
á tu esposo conduxeron?
Por ellos tu te entregaste
á un luxo excesivo y necio,
por ellos tú has disipado
en bayles, fiestas, y juego,
muchas sumas; por su cause

me has excitado el deseo
de ser noble, y de olvidar
enteramente el comercio:
proyecto que no ha tenido
hasta ahora mas efecto,
que el de arruinar mis caudales,
y ver me en la carcel preso.
Moderémos nuestro luxo,
nuestro porte moderémos,
vivamos conforme viven
los ciudadanos honestos
que consiguen con la industria,
ser útiles á sí mesmos
y á la patria. Ese delirio,
ese vano engreimiento
de la nobleza, adquirida
con el ardid, ó el dinero,
dexemosle para el fatuo,
para el ignorante, y necio
que discurre que sus timbres
son preferibles á aquellos
que goza el hombre que emplea
su sudor, ó su talento
á hacer producir la tierra,
ó á fomentar el comercio.
Volvamos sobre nosotros,
con reflexion contemplémos
nuestro estado, nuestra casa,
el desfalco, y desconcepto
de ella, y que recuperar
estas tres cosas debemos,
para gozar de la dicha
que dispensa al hombre honesto
su estado, quando con él
cumple consigo, y el Cielo;
y de este modo los hombres,
no decaen del concepto
de los demas; son felices,
los respeta el sábio y necio,
y ocupan un lugar digno
en la memoria del tiempo.
Blas. Esta noche Mariquita,
harás en mi quarto el lecho. *Vase.*
Lorenz. ¿Qué dices?
Mariq. ¿Qué no lo oisteis?
que no quiere, á lo que entiendo,
compañia. *Lorenz.* Nada importa,
mire yo conforme debo
por mi honor, y ella prosiga
con su vanidoso génio;

pero no , que yo sabré
moderar su orgullo necio.

ACTO SEGUNDO.

Aparece D. Lorenzo sentado pensativo.

Lorenz. ¡Qué desdichado es el hombre

que enteramente se entrega

á una muger, sin tener

de su solidéz las pruebas

necesarias! De esta falta,

de esta inadvertencia necia,

ha dimanado el fatal

golpe de mi infeliz quiebra.

Mi condescendencia á quanto

le ha sugerido su idea,

me han hecho de un comerciante

honesto... Pero ¿Quién entra?

Sale Don Bruno con un Lacayo, y

mozos que van entrando el equi-

page y el dinero.

Brun. Ese es mi cuarto. Mis bienes,

mis tesoros, y mi hacienda

entrad en él. ¿Lo entendéis?

Y ponedlo de manera

todo que... A Dios... ? Y bien

te se ha pasado la pena

de la carcel? ¡Pobre hombre!

aun del susto manifiestas

algun indicio. En fin si

fué de buena fe la quiebra

no te se dé nada: el hombre

está sugeto á miserias

mientras vive. Si la suerte

esta vez te ha sido adversa,

otra te será propicia...

¿Pero suspiras? ¿Te quejas?

¡Qué diablo! Si has quedado

sumergido en la miseria,

yo soy rico. ¿Me comprendes?

Yo te daré quanto quieras,

pára que otra vez recobres

tu reputacion, y vuelvas

à ser util al Estado

se echa á sus pies Don Lorenzo.

con el comercio. ¿Qué te echas

á mis pies? Dexate de eso...

Toma en tanto esta talega

la toma y se la dexa sobre una mesa,

que estarás falto de quartos,

¿Está seguro esa puerta?

Lorenz. Si Señor.

Brun. Quiero cerrarla.

Cierra.

La principal diligencia

de un comerciante, ha de ser

la precaucion. ¡Quánta guerra

me hace tanta profusion

como en tu casa se observa!

Es una peste. Tu esposa

tambien vá muy petimetra,

y no me gusta. Ella es linda.

¿Estás? Y con lo que lleva

la haces mas linda, y con eso

harás que otros la apetezcan.

Lorenz. Pero como es noble ..

Brun. Malo.

Lorenz. Es preciso mantenerla

con la decencia, y el porte

que es propio de la nobleza.

Brun. Preocupacion, necedad

de Español... La verdadera

nobleza es la honredéz. ¿Quiere

ser noble? Ten esa prenda,

porque ser noble, y no ser

honrado, es una pamema.

Vaya, vaya, esos espejos,

esos cortinages, y esas

embusterias de adornos,

se han de echar al punto fuera

de casa. Yo mando aqui; *con enfada,*

y se hará aunque tu no quieras.

Lorenz. ¿Y mi muger?

Brun. ¡Pobre necio!

Compadezco tu terneza

Sosegado, compadeciendole.

Ya te he dicho, que por tí

baré todo quanto puede:

aunque estoy rico, y tú pobre,

me hallo en la precisa deuda

de servirme: esto supuesto,

todo el cúmulo de hacienda

que traigo es tuyo. Pero antes

me dirás de qué manera

te has gobernado. Vosotros,

por falta de inteligencia,

con el comercio pasivo

os contentais, cuya senda

os conduce al monopolio

á la ruindad y baxeza;

por no daros las ganancias

suficientes ; y quisiera que tú y otros adoptárais el activo, y refundierais en favor de la nacion lo que gana la Francesa. Las gasas , plumas , relojes, cintas , y medias de seda que nos trueca por dinero; si el comercio activo hicierais las trocarias por lana por lino , por hierro y seda, y se quedára en España el dinero que se llevan los Franceses... Este punto es de mucha consecuencia, y se ha de tratar de espacio, porque á la verdad , es mengua de la nacion que en España haya mas casas Francesas de comercio ; que Españolas. Como sigas mis ideas verás quan pronto tu casa vuelve á su antigua existencia. Animate, y con un criado que fué de tu padre , cuenta. Pero ese luxo. Ya vuelvo que el amo del coche espera, y quando debo y no pago, estoy con suma impaciencia. *Vase.*

Lorenz. ¡Qué bondad de hombre! Algun en situacion tan estrecha (angel sin duda le traxo á ser el iris de mis tormentas. En un todo he de seguir, aun que mi muger lo sienta sus ideas... No hay remedio, mi teson á mi honor venza. Esta vez quiero mostrar que sé tener entereza, pues sé sagaz [posponer] las pasiones mas violentas á la estimacion, y que quando los asuntos llegan á cierto punto , los gritos del cariño y la belleza se sofocan al impulso del honor y la prudencia; muestra Blasa sentimiento, muestre desden y fiereza, yo he de moderar mi luxo,

yo he de olvidar las quimeras de ser noble, y vivir como ciudadano honesto. En esta resolucion firme... ¿Firme? ¿Sufrirá que permanezca en ella mi Blasa? No: será una continua guerra: que lo sea. ¿Podré ver enojada su belleza? ¿Podré sufrir que si la hablo no me vuelva la respuesta? ¿Y podré en fin? Si podré, que si hasta aqui con fé ciega obedeció sus locuras mi demasiada terneza, desde hoy sabrá desviarse de sus mentidas ideas, y corregir mi conducta engañada , con la enmienda.

Sale Mariquita. ¿Señor? ¿Señor?

Lorenz. ¿Qué me quieres?

Mariq. Con la mayor diligencia vaya usted á detener

á mi Ama... *Lorenz.* ¿Pues qué intenta?

Mariq. Irse de casa. *Lorenz.* ¿Qué dices?

Mariq. Que si usted no la modera se irá á casa de sus Padres sin remedio ¿Si usted viera como está?

Lorenz. Pero yo, dime, ¿En qué he podido ofenderla?

Mariq. ¿En qué? ¿No la dixo usted que desde hoy era fuerza vivir como Comerciante y moderar la opulencia?

Lorenz. Si.

Mariq. Pues á eso dice, que ella nació en otra esfera, y que vivir baxamente es opuesto á su nobleza.

Lorenz. Pues si eso no la acomoda que se vaya y que no vuelva.

Mariq. Qué dice usted?

Lorenz. Lo que oyes.

Mariq. Usted no quiere de veras á mi Ama... ¡Pobrecita! y qué poco su belleza debia ser de un ingrato despojo. Si usted la viera llorar su destino infausto, maldecir su suerte adversa...

Era un dolor. Lo primero se encerró vertiendo perlas en su cuarto, donde estuvo medio cuarto de hora fuera de sí; después salió de él sin aliento á la otra pieza, pidió un caldo; se le dió, pero era tanta la fuerza del pesar que cada sorbo le ahogaba entre sus penas.

¿No llora usted de escuchar una relacion tan tierna de su cara esposa? *Lorenz.* Vete... Me falta la resistencia. *apart.*

Mariq. Usted, Señor segun veo tiene el corazon de piedra.

Lorenz. Ya te he dicho que me dexes. En vano el pecho se esfuerza. *ap.*

Mariq. Ya está enternecido el pobre. Ved que mi Ama aqui se acerca.

Lorenz. ¿Se acerca?

Mariq. Si, ahora vereis si mi relacion es cierta.

Lorenz. Con solo de ver su rostro el corazon titubea.

Sale Doña Blasa seria mirando con enfado á Don Lorenz.

Blas. Arrima asientos, y vete.

Mariq. Ya veo que en tal contienda no teniendo ella razon vendrá á ser la razon de ella. *vas.*

Blas. ¿Estamos solos? ¿Podremos hablar con toda franqueza? *se sientan?*

Lorenz. Solos estamos. Un frio se introduce por mis venas

Blas. ¿Sabe usted con quien usted está casado? Se acuerda usted de las alabanzas que han merecido mis prendas á todos los perimetres de Madrid, de la nobleza de mis Padres, y del auge en qué está mi parentela? ¿Se acuerda usted?

Lorenz. Bien me acuerdo.

¿Pero por qué me lo acuerdas?

Blas. Por las causas que ahora mismo á usted haré manifiestas.

La una es, que sin embargo de mi preclara ascendencia

me humané á darle mi mano atropellando indiscreta la desigualdad tan grande que entre mi, y entre usted reyna;

La otra es, que pudiendo por mi rostro, y mi nobleza ser Duca, y estar servida con la mas grande decencia, he venido á confundirme entre la clase plebeya;

á estar metida entre gente que en el lucro solo piensa;

á vivir enagenada de las tertulias, compuestas todas de mugeres y hombres que en nada jamás se emplean;

porque son nobles, y en fin he venido á ser la befa

de una cuñada gazmoña, que quanto hago vitupera.

¿Y todo esto por quien lo hice? Por usted, y en recompensa.

¿Qué he encontrado? Que mi porte ahora moderarme quiera,

que me hable con seriedad, que osado me reconvenga...

Y en fin... No esperaba menos de usted nunca mi terneza...

Vilipendiada, abatida, motejada... Quando sepan

que mi marido en la carcel se ha visto por una quiebra,

¿qué dirán? Y que dirá todo Madrid quando vea

con un Habito del Carmen á Doña Blasa... No hay fuerza

para mirar mi decoro burlado de esa manera;

y pues usted no ha sabido agradecer mis finezas,

sírvase usted permitirme que con mis padres me vuelva

á tener la estimacion que usted vilmente me niega.

Se levanta.

Lorenz. Mira que...
Blas. ¿Qué he de mirar

no me dixiste que es fuerza vivir con economía

para salir de las deudas?

Lorenz.

Lorenz. Y lo repito. *Blas.* Pues bien, prosiga usted con su tema, que yo seguiré en el mio, yo me he de ir.

Lorenz. Considera. *Blas.* Ya lo dixes, *paseandose.* *siguiendola,* que:-

Lorenz. Ya lo dixes. depón tan necias quimeras, y oyeme. *Blas.* Vuelvo á decir que á marcharme estoy resulta, te conozo, te conozco, ahora porque vá de veras, me suplicas, y despues que á lo que quieres acceda, me tratarás con orgullo, con descaro, é insolencia. Ha de ser. **Lorenz.** Esposa mia, si me escuchases síguiera...

Blas. No te escucho.

Lorenz. Si Don Bruno, que es quien me pagó la quiebra, no vé en tí moderacion en el porte, ¿no contemplas que tendrá reparo en darme todo quanto se me ofrezca para volver á dar curso á mis negocios y letras?

Blas. ¿No estás harto del Comercio? ¿Quieres tener otra quiebra? Pero haz lo que te dé gana que yo áirme estoy resuelta.

Lorenz. Si la bondad de Don Bruno supieras... Esa talega que véis, me dió generoso, entretanto que remedia nuestra casa...

Blas. ¿Dónde está? *Se para de pronto.*

Lorenz. Encima de aquella mesa

Blas. ¡Qué bondad! Mira hijo mio si acaso tú me diras...

Lorenz. ¿Para qué? *Blas.* Para llevarla á encerrar en mi gabela.

Lorenzo. Por Dios que no la malgastes; nuestra situacion contempla, y contempla, que Don Bruno sí el trastorno á saber llega de mi casa, no querrá tal vez cumplirme la oferta de darme todo el caudal, que á necesitar yo vuelva

para el giro que tenía.

Blas. ¿Te faltará á su promesa Don Bruno? **Lorenz.** No hija; por el verás nuestra casa vuelta al esplendor de antes. *Blas.* ¿Qué meterte en negocios piensas otra vez? ¿No te basta una para que los aborrezcas? Hijo mio, es necesario que con cordura resuelvas el asunto; ¿de que sirve que por algun tiempo seas dichoso, si no disfrutas la dicha sin contingencia? Considera lo que en si es el comercio, y las funestas desgracias que ha acarreado á infinitos con las quiebras. Ese dinero que dices ¿no era mejor se impulsiera? ¿No era mejor que con él fundaras á tu ascendencia un vinculo, en que tu casa entre los nables luciera? ¿No hay fincas, no hay heredades, no hay cinco gremios y tierras? Habiendo esto, ¿no es locura que á la contingencia quieras dar tu dinero? Los hombres han de pensar con prudencia, han de mirar por su casa por sus hijos y nobleza; imponiendo la mitad del dinero en hipotécas seguras: y con la otra comprando una preeminencia de estas, que aunque no producen á los sugetos, elevan; asi como verbi gracia, ¿un Regimiento ¿no dexas asegurada en tu casa el lustre y la subsistencia?

Lorenz. Bien dices, y ojalá que antes, esto que ahora me aconsejas, lo hubiese hecho. Mas Don Bruno si mis intentos penetra tal vez se volverá atrás de su generosa oferta.

Blas. Se calla. **Lorenz.** Pero otra duda aún que exponerte me queda;

y es, que no estando del todo concluidas aun mis pruebas, no podré ser Regidor por carecer de nobleza.

Blas. Hay mas que con Don Ruperto mi Agente, al punto te veas, para que entre hoy y mañana evaqué las diligencias—conducentes. **Lorenz.** Mira que habrá que vencer diversas dificultades... **Blas.** No hay cosa que el dinero no lo venza.

Lor. Pero tu Agente ¿no has dicho que cometió la vileza de negarse á hipotecar por mi libertad su hacienda?

Blas. Asi es; ¿pero quién sabe si el pobre la tendrá llena de cargas, que impedirian su identidad? Y aunque sea lo que sea, es necesario desentenderse con ciertas personas, y disfrutarlas siempre que á uno servir puedan.

Lorenz. Eso supuesto, á buscarle voy con toda diligencia. Pero por Dios no malgastes el dinero que te queda.

Blas. ¿Cómo soy tan gastadora?

Lorenz. Perdoname la advertencia, y á Dios. Ahora sí que Blas como muger sábia piensa. *Vase.*

Blas. Ya se fue: voy á guardar al punto en la papelera *le guarda.*

el dinero... Me parece que jamás tuve paciencia para tener un momento guardada tanta moneda.

Pero ahora mientras las cosas se arreglan, hacerlo es fuerza; y el Correo de los Ciegos voy á leer, mientras entra alguno que me acompañe.

„ Critica de le Comodia
„ de Colon. ¡Que estos papeles que tan útiles pudieran ser, se hagan tan despreciables por las sátiras que encierran, reducidas á infamar mas bien que á precibir reglas?

Estos Criticos ¿por qué no escribirán una pieza y veremos si del modo que charlan la desempeñan? mientras que los charlatanes con modelos no den muestra de que saben, los sensatos tendrán por maledicencia quanto digan, y los génios á quien deprimir desean se reirán á carcajadas de sus glosas pedantescas.

¿Qué cosquillas me está haciendo encerrada la moneda?

¿No sería muy del caso, para borrar las idéas de la quiebra, que pagése ahora mismo algunas deudas que tengo, y aun enviase por alguna con buena á casa de Perez? Este fuera un golpe que aturdiera á todo Madrid; y al mundo daria una clara prueba de mi esplendor.... Voy á hacerlo.

Veremos quanta moneda *abre.* hay en el talego. ¡Bueno! para lo que quiero llega.

Mil reales al Zapatero. *Separa dinero.* Quatro mil á la Francesa de las gasas. Otros quatro para el que á baylar me enseña, y para un relox de moda doce onzas... Aun me queda mucho dinero, bien puedo echarme en la faldriquera para el juego de esta noche otras diez... Ya tengo hecha la reparticion... Esto es ser ecónoma perfecta una muger... Voy al punto á verificar mi idea

¿Mariquita?

Sale Mariquita. Mande usted. **Blas.** Ponte la bosquiña, y lleva al Zapatero, al Maestro, y á casa de la France.a este dinero, y de paso en casa de Perez entra y trae me un relox que cueste

doze onzas. No te detengas.
Mariq. Ya voy ¡Qué al malgastador
nunca le falte moneda! *Vase.*

Sale Don Simon.

Sim. ¿Donde estará Doña Blasa?
tate, que en la papelera
cuenta dinero; esto es bueno,
aunque dos mil insolencias
me diga, yo llego á hablarla.

Blas. Alabo la desvergüenza,
¿Qué busca usted? *Sim.* Yo venia
á daros la enorabuena
de vusstea nueva fortuna.

Blas. ¿No os dige que no volvierais?

Sim. Pero yo lo tomé á chanza.

Blas. Pues yo os lo dixé de veras,
y os lo repito. *Sim.* Señora;
usted en valde lo intenta,
porque aunque usted me eche á palos
y aunque me cierre la puerta,
todos los días por fuerza.

Blas. A los hombres insolentes
como usted, de esta manera
se les trata ¿Ola?

Sale Mariquita con basquiña.

Mariq. Ya voy,
tenga usted menos viveza.

Blas. Dile al Lacayo que al punto
le haga al Señor la fineza
de echarle por un balcon.

Sim. Yo me iré por la escalera.
Pero de lo que de usted
han dicho gentes diversas
que estuvieron en el bayle,
tan poco le daré cuenta,
y así agur. *Vase.*

Blas. Agur. ¿Se fué?

Mariq. Lo mismo vá que cometa,

Blas. Anda coge ese dinero;
y de pase dí que vuelva.

Mariq. Bueno vá todo; mas yo
por tener parte en la fiesta
ya tengo en las dos cuñadas,
cizaña nueva dispuesta. *Vase.*

Blas. El saber qué cosa han dicho
de mi en el bayle, me inquieta.
Vé ahí porque ir no puede
á ninguna concurrencia
una muger.

Sale Don Simon. ¡O qué facil

es de engañar una necia!
¿Qué me manda usted? *Blas.* Por Dios,
digame usted con presteza,
qué es lo que han dicho en el bayle,
de mi *Sim.* Si usted lo supiera...
Pero recelo decirlo.

Blas. Digálo usted ¿Qué recela?

Sim. Señora yo no me atrevo.

Blas. ¿Pues qué han dicho que soy fea?

Sim. ¿Qué han de decir? Si ha dexado
usted toda la asamblea
asombrada. Por tertulias,
por Puerta del Sol, por tiendas.
de los hechizos de usted
todo el mundo se hace lenguas.
¡Oh qué airosa es Doña Blasa,
dicen unos! No hay belleza
que en todo Madrid la iguale;
dicen otros. ¡Que bien lleva
el compás en el bolero!

¿Qué bien el cuerpo maneja?

¡Qué bien se para, y en fin,

con qué primores se pasea!

Todos dicen que no hay Dama

que en sí junte tantas prendas

como usted; vaya dá gusto

del modo que á usted la elevan.

Blas. ¿Y eso lo dicen delante
de otras Damas Petimetas?

Sim. Mucho *Blas.* Quanto rabiarán,
estarán de envidia muertas.

¡Ay qué risa! *Sim.* Sobre todo,

lo que mas de usted ponderan,

es aquel desinterés

que tiene usted quando juega.

Blas. De eso nadie me gana,
si alguno de ellos viviera
ahora, en dos ó tres partidas
le daría de ello muestras.

Sim. ¿Quiére usted que las juguemos
los dos? *Blas.* Muy enorabuena.

Sim. ¿Quanto ponemos? *Blas.* Diez onzas
cada mano. *Sim.* Aunque sin ellas
me encuentro, mis dos relojes
pongo encima de la mesa,

Blas. Usted dá.

Sale Doña Antonia. ¡Que mi cuñada
no modere sus demencias!
¡Pero qué miro! Jugando
con un tuno aquí se encuentra.

¿Es

¿Es ésta su correccion?

¿Viene à ser ésta su enmienda?

Ese buen hombre que en vales
ha satisfecho la quiebra:

¿Qué dirà quando el desórden
que la ha-causado, á ver vuelva?

Sim. Yo he ganado la partida;

Las diez onzas acá vengan.

Vayan otras diez. *Blas.* Que vayan.

Ant. Ya me falta la paciencia.

¿Es posible Doña Blas
que de este modo usted vuelva
á destruir de esta casa,
con el juego las riquezas?

Blas. Dé usted cartas. *Sim.* Voy allá.

Ant. Muger vana, descompuesta,
disipe usted, raxe usted...

Blas. Vaya todo lo que resta.

Ant. Juege usted, mas yo sabré
poner en salvo mi hijuela.

Yo sacaré de la casa
el dinero, y las preseas
que me tocan; y con esto
tendrá usted la complacencia,
de verme de aqui apartada,
ya que tanto lo desea.

Pero no me verá usted
encerrada, aun que lo quiera,
en un Convento; ese sitio
solo ocuparle debiera
quien con desmedido luxo,
quien con demente soberbia
ha destruido una casa
de comercio, como esta.

Blas. ¿Como es eso de Convento?

¿Quándo yo tales idèas
tuve? Usted para insultarme
esos agravios pretexta.

Pero ahora pue usted ha dicho
que yo ocuparle debiera,
lo ocupará usted; un Claustro
refrenará su soberbia.

Usted no me ha de dormir
baxo el techo en que yo duerma,
y si usted duerme salirme
sabré al punto á dormir fuera.

Sim. ¿Y el resto? *Blas.* Tomele usted,
y despues tome la puerta.

Cierra la papelera.

Sim. No hay cosa en aqueste mundo

como nó tener vergüenza. *Vase.*

Blas. Cuidado Antonia conuigo;
que lo dicho vá de veras. *Vase.*

Ant. El dolor que de mi pecho
al ver esto se apodera,
me sobrecoje, me pasma,
me debilita las fuerzas.

Se sienta y llora.

¡Triste de mí! Si mis padres
al mundo otra vez volvieran,
y encontráran esta casa
destruida, sin cabeza,
llena de gente insensata,
arruinada de las deudas:
sí vieran que un hijo suyo
baxo la infame cadena
de una muger sin talento
yacía; y en fin, si vieran
aquella querida hija,
aquella hija que sus penas
consolaba, que en su rostro
tributaban las ofrendas
que los filiales amores
exígen de la terneza;
despreciada, vulnerada,
de oprobio y llanto cubierta;
¿no era preciso, que al punto
otra vez la muerte fiera
buscasen, y á sus sepulcros
horrorizados huyeran?
Preciso era... ¡Qué infeliz!
¿Qué desdichada es aquella
casa que una muger loca
lleva todo el peso de ella?
En tan deplorable estado,
yo no sé lo que resuelva.
Si resuelvo irme, temo
que culpen mi ligereza;
si quedarme, voy á ser
el blanco de la soberbia
de una muger: y no es esto
lo que á mí mas me amedrenta,
sino el que si mi cuñada
lleva adelante la idèa
de encerrarme en un Convento
me malgastarán la hijuela;
y entonces sin dote alguno
vendré á dar en la miseria:
si el Cielo en tanto tropel
de dudas, como me cercan,

no alumbra mi entendimiento
para que yo me resuelva,
es preciso que en mis dudas
infelizmente perezca,
y entre tanto, con el llanto
consolarè mis querellas.

Sale Don Brun.

Brun. El bribón del Mayoral
me engañaba en dos pesetas;
pero le cogi, y le echè
una valiente pendencia:
mas le di luego media onza
para beber; porque viera
que no era por el dinero,
sino por la desvergüenza.

A Dios Señora: ¿Qué esto?

¿Que està de llanto cubierta?

¿Qué tiene? Dígalo presto.

Ant. ¿Qué he de tener? Una pena,
que segun las circunstancias,
no hay consuelo para ella.

Brun. ¿No hay consuelo? ¿Porqué causa
usted Señora me llena
de confusiones?

Sale Mariquita. ¿El Amo
està en casa? *Brun.* ¿Quièn le espera?

Mariq. Aquel diablo de escribano,
que por causa de la quiebra,
prendió à mi amo, y la casa
embargó con tal violencia. *Vase.*

Brun. Entre usted. ¿Qué quiere usted?

Sale el Escribano.

En esta casa no hay deudas.
¿Està usted? Lo que la sobra
es buen concepto, y moneda.

Escrib. Ya lo sè; pero venia
en busca del dueño de ella,
para dexasle corriente
el libro de caja, cuentas,
menaje, adornos, vestidos,
mulas, coche... *Brun.* ¿Qué demencia!
¿Coche un Comerciante? Vaya,
ya yo no extraño la quiebra.

Escrib. En fin, venia á decirle,
que use de ello como quiera,
que ya està desembargado;
tan solamente quisiera,
que conociese el favor,
que ha debido à mi fineza.
Yo no permití le atasen,

yo hice tapar la linterna,
no le dexè poner grillos,
no permiti le pusieran
en encierro; sin fiador
dexè en el poder de aquestas
señoras, todos sus bienes.

Ant. Y no admitió usted la hijuela,
las ropas, y las alhajas
que entregaba mi terneza,
por comprar la libertad
de un Hermano.

Brun. ¿Se halla à fuera

Don Lorenzo? *Ant.* Me persuado
que si... *Brun.* Vaya à la otra pieza
à esperarle. Y pues à ustedes
es como precisa deuda,
pagarles el daño que hacen,
ahí tiene esas monedas.

Escrib. No se canse usted en eso.
No perdi la diligencia. *Vase.*

Brun. Señora, teniendo usted
una alma tan noble y tierna,
que para ofrecer sus bienes,
para hacer una obra buena
tuvo valor, es extraño,
que llore de esa manera;
las almas justas no deben
sentir del mundo las penas.
Si por la quiebra su hermano
ha perdido sus riquezas,
aquí estoy yo, que ahora mismo
sin exígir recompensa,
darè el dinero que baste,
para que à comerciar vuelva.

Ant. Con eso que vos pensais
dar alivio à mis tristezas
las redoblais, pues con eso
le buscaís desdichas nuevas.

Brun. ¿Cómo pues? *Ant.* Yo os lo diria,
pero si à escucharlo llega
mi cuñada... *Brun.* Nadie escucha,
hableme usted con franqueza.

Ant. Pues Señor, aquesta casa,
no es casa, es una asamblea
de locos, y de tunantes,
en donde el juego comienza
la funcion, y la remata
el desorden, y la gresca:
del ascendiente que tiene
sobre mi hermano la necia

de mi cuñada, dimana toda la desgracia nuestra. Esta muger que aunque noble era noble con pobreza, ha distraído á mi hermano de la preciosa carrera del comercio: ha hecho que se junte con calaberas, que porque le den el lado, quantiosas sumas les presta. Le ha hecho que aspire á ser noble, y para hacer las pruebas un Agente le ha estafado gran cantidad de moneda. En fin por seguir los pasos de mi cuñada se encuentra sin dinero, y sin honor, siendo de todos la bafa, y en prueba del poco juicio con que mi cuñada piensa ahora mismo un Andalúz le ha ganado en esta pieza un monton de onzas al juego, y porque yo su demencia vituperé, en un Convento á encerrarme está resuelta con el fin de malgastar en desórdenes mi herencia.

Brun. ¿Con que segun eso ha sido por malversacion la quiebra.
Ant. Si Señor. **Brun.** Si fuera Juez le condenára á galeras. pero como soy amigo procedo de otra manera.

¿Y á usted le gusta el Convento?
Ant. Como miedo no tuviera de que en poder de mi hermana se ha de confundir mi hijuelo, por no estar con mi cuñada, desde luego la admitiera.

Brun. ¿Pero á usted le gusta, ó no? La verdad. **Ant.** Si una perfecta vocacion tuviera el claustro con claridad respondiera.

Brun. ¿Con que no la teneis? **Ant.** No.

Brun. Así quiero las respuestas.
 ¿Quiere usted casarse? ¿Hé?
 ¿En dónde noviosse encuentran?
 ¿Qué no hay mas? Esta muger conmigo en todo congenia.

Mire usted, si yo tuviese todo el cúmulo de prendas que desean las mugeres, le pudiera hacer la oferta de mi persona. Ant. Mirad que yo no soy digna de ella.

Brun. ¿Cómo que no es digna? En eso se hace usted notable ofensa, usted merece un buen mozo, y yo no tengo esa prenda.
 ¿Está usted? **Ant.** Yo estoy confusa, y me parece novela *apart.* lo que me sucede. **Brun.** ¿Usted, supongo, será soltera? **Ant.** Si Señor.

Brun. Pues yo tambien.
 ¿A qué viene esa tristeza? Alegrese usted que yo quiero gente plancentera, y de mi humor. ¿Está usted? El hermano de usted llega, hagame usted el favor de marcharse. **Ant.** Yo estoy lela con este hombre.

Brun. ¿Se vá usted *con enfado.* ó no? **Ant.** Con vuestra licencia. *Vase.*

Erun. Si habrá dado á su muger *ap.* Don Lorenzo la talega.
Sale Don Lorenzo.

Ahora lo veré. ¿Parece que no puedo hacer carrera con usted, á quando aguarda á quitar esta opulencia de su casa? **Lorenz.** Reparad....

Erun. Voy á contar la moneda que tengo ánimo de darle para que á ser útil vuelva.
Vase á su quarto.

Lorenz. ¡Qué fortuna! ¡Quién pensára tan inesperada nueva! voy á avisarselo á Blasa á fin de que... Pero aqui entra
Sale Doña Blas.

Blasita mia ahora mismo verificarás tu idéa.
 ¿No escuchas como Don Bruno el dinero ya nos cuenta?

Blas. Si que lo oigo. Qué placer! ¿Con qué puedo de esta hecha prometerme que seré Regidora. **Lorenz.** Quien lo niega.
 C 2 *Blas.*

Blas. ¿Y Don Ruperto?

Lorenz. Ahora mismo

le he dexado en la escalera hablando con uno.... Pero ya vá entrando por la puerta.

Sal'e Don Ruperto.

Blas. Don Ruperto ¿qué tenemos?

¿Están ya esas diligencias despachadas? ¿Está el Arbol concluido? Con presteza dígalo usted. *Rup.* Como lista ande en esto la moneda todo se hará. *Blas.* ¿No os ha dicho este, sobre la materia lo que hay? *Rup.* Si me lo ha dicho.

Lorenz. Ese dinero que suena, lo voy á tomar ahora para emplearlo en una hacienda, y en un Regimiento. *Rup.* Pero...

Blas. Mientras que el dinero lleva para las propinas, tome esta delicada muestra; pero cuidado que el Arbol le traiga usted quando venga. *Sal'e D n Bruno del quarto.*

Brun. Agur madama... Á fin de caminar en esta empresa con madurez, es preciso me ponga aquí quatro letras, en que diga que le doy cien mil ducados á cuenta de la gratitud que debo á su Padre; y no comprenda que es con el fin de que quiero que algun dia me los vuelva, sino para precisarle, si á tener caudales llega, y vé alguno á quien le debe beneficios en la estrecha situacion en que se ha visto á sacarle al punto de ella, haciendo la que yo hago, sin ninguna recompensa.

Lor. Está muy bien... ¡Qué bondad! aquí el recibo hecho queda. *Le hace.*

Brun. Sacalos veinte mil reales que te he dado en la talega, para contarte sobre ellos, todo lo demás que resta.

Lorenz. Dame la llave. *Blas.* No sé

si estará en la faltriguera.

No la encuentro. *Lorenz.* Buscala.

Pero juzgo que está puesta.

Aquí los teneis... ¿Qué es esto que no se hallan dentro de ella?

¿Qué has hecho de ellos?

Blas. ¿Quién eres tú para pedirme cuentas?

Brun. Toma el recibo, que un hombre que no ha tenido cautela para guardar veinte mil reales, despues de una quiebra, no es capaz de conservar la cantidad de mi oferta.

Vise cerrando de golpe la puerta.

Lorenz. ¿Qué has hecho de ese dinero?

Blas. Como á decirmelo vuelvas, mira que no has de volverme á ver la cara risueña

Lorenz. Para proceder ahora. ¡oh quien amor no tuviera!

ACTO TERCERO.

Sal'e Doña Blasa muy sofocada, y detrás Don Lorenzo. Ella despues de mirarle se sienta.

Lorenz. ¿Es posible que á mis cargos no has de responder palabra? Despues que por ti Don Bruno recogió lo que me daba, y que vamos otra vez á pérecer por tu causa.

¿Te niegas á responderme?

¿Me miras con mala cara?

Me insultas, y ... Pero en fin haz quanto te dè la gana, que yo haré para aplacar tu indiscrecion insensata lo que halle mas oportuno á mi decòro, y mi casa.

Blas. ¿Y qué hará usted? ¿Qué hará usted? *Sole Mariquita.*

Mariq. El peluquero os aguarda.

Blas. Que se espere... Pero no, dile que ni hoy, ni mañana, ni el mes que viene, ni nunca quiero peynarme. *Mariq.* Ya escampa, ¿Quando tendrá mi ama juicio? quando no pique la sarna.

Blas.

Blas. ¿Qué haces que no se lo dices?

Mira que eres muy pesada.
Ha... Escucha, dí al peluquero,
que si las flores que Juana
llevaba ayer en el pelo,
son de Madrid, ó de Italia;
que quedó en que lo sabría,
y no me dice palabra.

Mariq. La salida ha sido buena:
voy á hacer lo que usted manda.

Blas. ¿Conociste de dónde eran
las flores de Juana? Una ansia
tengo de saberlo, que
daria de buena gana
media onza para chafarle
con las mias, la guitarra,
y darle á entender, que si ella
las hace venir de Italia,
yo de Venecia. **Lorenz.** ¿Es posible,
que esas cosas te distraigan?

Blas. ¿En qué te ofendo?

Salé Mariquita. Me ha dicho
que son de Madrid. **Blas.** Que malas
serán: anda vuelve y dile
que le espero á las seis dadas,
porque voy á una visita
de duelo, y quiero ir peinada
con todo primor, y que
traiga plumas coloradas:
porque me pongo el vestido
verde, bordado de plata.

Mariq. Si se ha ido ya.

Blas. No importa.

De ese modo iré mañana.
¿Tienes ahí los recibos
de las deuda atrasadas
que he pagado hoy? **Mariq.** Si Señora.

Blas. Sacalos porque se vaya
tu Amo desengañando
de si destruyo la casa,
y dile tambien la muestra
que has comprado esta mañana
en casa de Perez. **Lorenz.** ¿Pero
no era mejor que guardáras
ese dinero? **Blas.** ¿Querias
que fuese tan insensata,
que habiendo pagado tú
tus deudas, yo no pagára
las mias? **Lorenz.** ¿Pero el reloj,
por qué le has comprado Blas?

Blas. ¿Porqué le he comprado? ¿Juzgas
que Don Ruperto evacuára
las diligencias tan pronto
si no mediára esta alhaja?

Lorenz. ¿Con que le diste el nuevo?

Blas. Sí, y se le he dado en tu cara.

Lorenz. En este lance debias
proceder algo mas cauta.

Blas. ¿Pero malgasté el dinero?

Lorenz. Disimulemos. No Blas.

Blas. Si tu no quieres creer
la economía que gasta
tu muger. **Lorenz.** ¿Pero que haremos,
para que Don Bruno salga
del error de que tú y yo,
no hemos disipado nada,
á fin de que nos dé al punto
lo que ofreció darnos? Habla. (mos

Blas. ¿Hay mas de que á hablarle entre-
(puesto que en su quarto se halla,)
á disuadirle tú y yo
de qualquiera idéa errada?

Lorenz. Bien dices. Vamos allá...

Pero la puerta abren... Calla...

*Don Bruno abre la puerta, dá dos
pasos ácia fuera, y al vér á Don
Lorenzo, y á Doña Blasa retrocede
con enfado, y vuelve á cerrar de
golpe la puerta.*

Lorenz. Así que nos vió; ¡ay de mí!
volvió á encerrarse en su estancia.

Blas. Pues dexarlo estár. **Mariq.** Eso es,
al hospicio irse mañana.

Lorenz. ¿Por tu lige éza vés,
las desgracias que me causas?

Blas. ¿Con qué yo tengo la culpa
tambien de su extravagancia?
Ya no faltaba otra cosa.

Lorenz. ¿Qué quieres que diga Blas,
si veo que la fortuna
en un todo me es contraria?

¿Qué hemos de hacer Blas. Qué sé yo.

Lorenz. ¿Te parece que mi Hermana
venga á hablarle? **Blas.** A buen sugeto,
à fé mia, se lo encargas.

Lorenz. No sé, para dudar de ella,
que haya dado hasta ahora causa.

Blas. Defiendela; pero sabe,
que hoy no ha de dormir en casa.

Lorenz. ¿Pero por que?

Mariq.

Mariq. No és bastante porque, que no quiere el Ama.
Blas. Dice bien. **Lorenz.** Dexate de eso, y marcha al punto á llamarla.
Blas. No la digas, que yo tengo parte alguna en la embajada... Cuidado. **Mariq.** Descuide usted. ¡Que condicion tan humana! *Vase.*
Blas. Mientras que tú la convences, voy á ver si una mudanza que vi hacer en el bolero, puedo imitar... Mi cuñada...

Al tiempo de irse, encuentra con Doña Antonia al paso, y de pronto con el medio verso se pasa al otro lado.

Voyme por este otro lado, que no quiero saludarla. *Vase.*
Sale Doña Antonia.

Lorenz. Oye Hermana. Si la suerte de un Hermano, que te ama, compadeces, ahora es tiempo, que des de ello muestras claras.

Ant. ¿Quando yo, de que te estimo no he dado aquellas que bastan?

¿No presenté al Escribano mis vestidos, mis alhajas, y quanto tengo, por darte libertad? Si mi cuñada, te ha dado á entender, que yo no he cumplido como Hermana, en este lance; pudiera.. Pero dime á qué me llamas, que yo no quiero que diga que tiro á desconceptuarla, no obstante de que pretende, que yo de esta casa salga.

Lorenz. Todas esas, á ser vienen etiquetas de cuñadas.

Hermana mia, mi suerte hoy en tus manos se halla: ese huesped, que la quiebra pagó con franqueza tanta, me ha ofrecido dar dinero, para fomentar mi casa de nuevo; pero una queixa que tiene de mí y de Blas, le hace que ahora se niegue, á cumplirme su palabra; en este supuesto, quiero

que tú de mi parte vayas á hablarle, á reconvenirle, á pintarle nuestra infausta situacion, y á asegurarle de nuestra conducta: Hermana, si me amas, mira por mí en tan tristes circunstancias.

Ant. ¿Quieres que yo contribuya á fomentar la desgracia de otra quiebra inevitable que tu génio te prepara? Dexa tu docilidad; sabe mandar en tu casa; y con tu muger se menos condescendiente, y tu hermana hará quanto el parentesco dicta en tales circunstancias.

Lorenz. Bien se conoce que ignoras del modo que mi eficacia discurre. Si convencer consigues la extravagancia de Don Bruno, aplaudirás haber sido tú la causa, mayormente quando veas conforme pongo la casa.

Ant. ¿Qué importa que adoptes medios prudentes, para aumentarla, si despues los frustrará la loca de mi cuñada?

Lorenz. ¿Juzgas que quiere el dinero para disiparle en galas y fiestas? Lo quiere solo para ponerle á ganancias; de modo que ni un minuto, quiere esté parado en casa, para que de esta manera no se desfalque una blanca, y mi nombre recupere otra vez su antigua fama.

Ant. Si su proposito es cierto me doy por afortunada.

Lorenz. No lo dudes, y mi idéa vé á poner al punto en planta. No desconfies, que en caso de no vivir arreglada mi muger, de corregirla desde ahora te doy palabra.

Ant. Aunque me cueste rubo voy á hablarle sin tardanza, mas con cierta precaucion *ap.*

que en mi tengo reservada.

¿Pero está en su quarto? *Lorenz.* Si.
Hazlo con toda eficacia. *Vase.*

Ant. Si con la quiebra habrán vuelto sobre sí...

Abre Don Bruno la puerta con disimulo, saca la cabeza y mira.

Brun. Veré si se hallan aún... Todavía está su muger. ¡Quánto me enfada!

Vá á encerrarse.

Ant. Esperad... *Brun.* Ha! ¿Qué sois vos?

Pensaba que era la mula de Doña Blasa. Ahora bien, ¿en qué puede mi eficacia servir á Usted? *Ant.* Yo venia á buscaros... *Brun.* ¿Me buscabais? La muger que busca al hombre, es muy loca, ó poco cauta.

No quiero que las mugeres me busquen; quiero buscarlas. ¿Está Usted? Y si usted quiere darme gusto, siempre uraña, siempre adusta, siempre sería me ha de estar, porque me enfadan sumamente las mugeres coquetas. ¿Con que embajada me buscaba usted? *Ant.* Venia á pedirós una gracia.

Brun. Pidiendola usted, es fuerza que sea justicia; vaya hable usted. *Ant.* Vos no ignorais de la suerte en que se halla mi hermano... *Brun.* ¿Ignorarlo yo? No sabe conservar nada. Es un loco. He comprobado quanto sobre su insensata conducta me dixo usted...

Ant. Sin embargo, soy hermana y debo mirar por él.

Brun. ¿Con que usted ya está mudada?

Malo. Yo en usted creía no podía haber mudanza. Pero me engañé... Que el hombre facilmente á sí se engaña.

Ant. La compasion...

Brun. ¿Con qué usted es compasiva? Esa gracia al paso que en sí es tan buena puede en la muger ser mala.

Ant. Señor si con vos mis ruegos tienen alguna eficacia os suplico que mireis por mi hermano, por su casa, por mi.. *Brun.* ¿Por vos? Proseguid.

Ant. Y por mi cuñada. *Brun.* Basta...

Lo entiendo. Usted Señorita es algo tierna de entrañas y la seducen... No quiero ser de disparátes causa. Ya que yo dí mi dinero sin producto ni ganancia, quiero darlo á quien lo sep hacer dar de sí ventajas.

Ant. Mirad que mi hermano ofrece dirigir mejor su casa.

Brun. ¿Quién lo dice? ¿Su muger?

Ant. Si minorais su desgracia, tambien ofrece vivir enteramente arreglada.

Brun. No lo creo. *Ant.* Reparad que un golpe como el que acaban de llevar... *Brun.* Y la talega que le he dado: ¿En donde se halla?

Ant. No lo sé; pero por mi, por él, y por su desgracia; deponed vuestros enojos y cumplid vuestra palabra.

Brun. Yo la dí baxo el supuesto de que el dinero que daba habia de ser el móvil de la dicha de esta casa; y asi puesto que otra ruina mi dinero la prepara no quiero darlo. *Ant.* Don Bruno: por mi Padre hacedlo. *Brun.* Basta, que vengan por quanto quieran y no se hable mas palabra.

Ant. Una vez que por mi padre me concedeis esa gracia, me habeis de conceder otra por mí. *Brun.* No estoy para tantas, basta esa. Usted señora como sabe que me agrada tira á abusar del favor que la dispenso. Ya bastan con esas. *Ant.* Es que la mia...

Brun. Usted en valde se cansa.

Ant. Se reduce... *Brun.* ¿Quiere usted dexar de ser porfiada? *Ant.* A que...

Brun.

Brun. Diga ; mas de mí
usted no ha de sacar nada.

Ant. No importa yo debo hacer
lo que la razon me manda.
Ese dinero que usted
ofrece dar á esta casa
no lo dé usted , sino solo
con la fixa circunstancia
de que usted ha de entender
en su inversion, y ganancias:
que en poder nuestro existír
deben las letras , la caja,
los libros , y en fin que todo
se dirija por la sabia
economia de usted:
esto es lo que á vuestras plantas
suplica que executeis
por un hermano, una hermana.

Brun. Usted señora se empeña
en que cada vez la vaya
queriendo mas. ¿Le parece
que lo visto no bastaba,
para que con rasgos nuevos
de prudencia ahora me salga?
Dexeme usted ; y por Dios
atropellar no me haga
la boda... Perdone usted
que yo he dicho una palabra
que usted tal vez la tendrá
por disparatada , ó fatua ;
pues sin consultar su amor...
Son materias delicadas
estas ; y yo no comprendo
conforme debo tratarlas.
Voy á ver si un Escribano
hallo que la cesion haga ;
y usted , Señora , despues
me dirá sin repugnancia
si me quiere ; en el supuesto
de que si me desengaña
la querré á usted mas ; porque
yo gusto de gente clara. *Vase.*

Ant. Yo estoy confusa de oír
lo que de decir me acaba.
¿Qué haré? Su ridiculéz
no es de ninguna importancia
á vista de la bondad
que encierra dentro del alma.
*Doña Blasa se asoma por la
izquierda.*

Blas. Voy á vér... Pero parece
que aqui sale la crida. *Se retira.*

Sale Mariquita.

Mariq. ¿Señorita? ¿Señorita?
¿Está la cosa evaquada?

Ant. ¿Quién te envía á preguntarlo?

Mariq. Mi amo.

Ant. Dile que á Dios gracias
salimos ya del apuro
mucho mejor que pensaba.

Mariq. ¿Sabe usted lo que ha hecho usted
con metarse en esa zambra?

Dar mas fomento al desórden
con que procede mi Ama.

Blas. Si salgo á la picarona
la lleno de bofetadas.

Mariq. ¿En qué de su enmienda usted
ha fundado la esperanza?

Quando hoy por mi misma mano
ha derrochado insensata
un sin fin de miles. **Ant.** Vete,
que no quiero saber nada.

Mariq. Gastó en un reloj doce onzas ;
despues perdió en una carta
otras tantas... **Ant.** Mariquita
lleva la respuesta y calla,
que yo no quiero saber
las cosas de mi cuñada.

Mariq. Vaya , edifica el amor
que se profeson entrambas. *Vase.*

Blas. La Mariquita por cierto
que tiene estupendas mañas.

Ant. ¡Un amor inmoderado
quanto á los maridos daña!
El poco discernimiento
en esta materia , es causa
de que se vean perdidas
las honras de muchas casas.

Sale Don Lorenz.

Lorenz. Hermana , Hermana , ¿con qué
has vencido la constancia
de Don Bruno? ¿Con qué has hecho
que te diese la palabra
de favorecerme? **Ant.** Si,
tu dicha està asegurada,
te dará todo el caudal
que necesite tu casa.

Lorenz. ¿Y quando?

Ant. Eso no me ha dicho.

Lorenz. A preguntarselo anda,

Ant.

Ant. Ha salido; y además
que era exasperar su saña.
Lo cierto es, que ha cesado
por su medio tu desgracia.
Pero del favor que Dios
te dispensa por su causa
aprovechate, que Dios
al que abusa de sus gracias
suele cerrar los oídos
si otra vez vuelve á implorarlas. *Vase.*

Lorenz. Esta reflexión al punto
voy á hacer presente á Blasa.

Sale Doña Blasa. Voy á decir...

Lorenz. Blasa mia,
ya cesaron nuestras ansias:
ya conseguimos... ¿Qué es esto
que estás tan atribulada?
Sosiegate, y por tu esposo
tributa á Dios alabanzas.

Blas. Yo nada quiero saber
hasta que eches la criada.

Lorenz. Dexáte de eso, y aplaude
ver satisfechas tus ansias.

Blas. La criada ha de salir
en este instante de casa.

Lorenz. ¿Pero qué te ha hecho?

**Sale Don Ruperto con el Arbol Ge-
nealógico rollado.**

Rup. Amigo,
la cosa ya está evacuada.

Lorenz. ¿Qué decis?

Rup. Que es necesario
aprontar luego la plata,
para ir por el privilegio
y las demás zarandajas
concernientes. **Lorenz.** ¿Y traeis
con vos el escudo de armas,
y el arbol? **Rup.** Todo lo traygo.

Lorenz. Ven por Dios á verlo, Blasa.

Blas. La criada ha de salir,
y mientras esto no se haga,
no me he de mover de aquí,
ni he de tener buena cara.

Sale Don Simon.

Sim. ¿Doña Blasa? Una noticia.

Blas. De quien?

Sim. De Doña Nicasia.

Si usted viera lo que ha hecho,
es la cosa mas estraña

del mundo. **Blas.** ¿Y qué cosa es?

Sim. Ha mandado, que en la sala
principal en que recibe,
suba un lacayo la jaca
en que monta (que ahora es moda
que montan algunas Damas)
á visita. **Blas.** ¡Qué locura!

Sim. Si es una disparatada,
y lo hizo porque un Marino,
dicen que le dió la jaca,
y queria que el oído
las demás la regaláran.

Blas. Eso sería...? Has oído
Lorenzo la extravagancia
de Nicasia?

**Vá á donde está Don Lorenzo con
Don Ruperto.**

Lorenz. Ya lo oír.

Blas. ¿Qué juzgas?

Lorenz. Que es una fatua.

Rup. Ahí tiene usted el arbol
de su pariente, las armas,
entronques, y demás cosas
al asunto necesarias.

El primer progenitor,
consta aquí que se llamaba
Sando Gomez: Este fue
Marido de Doña Urraca,
que casó con Doña Froyla,
Señora de las tres mazas.

Sale por la puerta de la izquierda

Don Bruno y pasa sin ser visto

Brun. Ya está hecha la Escritura;
luego que aquí me la traigan...

¿Pero que harán estos locos?

Me voy sin decirles nada. **Entra.**

Rup. Estas dos fueron sus hijas,
si una de ellas se casára
con el Mayorazgo de
la casa de las Portadas,
como se casó con el
segundo, usted heredaba
el estado de los montes
que disfrutaban los Machacas,
porque si esta linea fuese
recta, era fuerza pasára
en usted; mas sin embargo
con dinero, y eficacia,
sacarémos alimentos
del que le goza. La casa
de los Geriones tambien



con la vuestra está enlazada:
vedlo aquí, transversalmente
de línea en línea se aia.

Por un Visabuena vuestro
que tuvisteis en Vizcaya,
podeis delante del árbol
de Garnica, usar espada
y tener sombrero puesto;
prerogativa que alcanzan
pocos... Por otro Abuelo
que descubrió á Nicaragua
sois absoluto señor,
del ayre de su comarca.

Por este entronque tenéis
timbales en vuestras armas.
Por este, un campo amarillo,
por este, una almena parda;
en fin por el privilegio
veréis los títulos, gracias,
dones y prerogativas
que disfruta vuestra casa.

Brun. Quiero una vez ser curioso,
entreabre un poco y mira,
y escuchar lo que estos tratan.

Blas. Amigo os habeis portado.
Cumplisteis vuestra palabra
grandemente. *Rup.* Aun no sabeis,
hasta donde mi eficacia
llega... Hasta una Baronía
os tengo ya negociada.

Blas. ¿Que decidis?

Rup. Que me parece
no se ha de hallar otra ganga
como esta. En quatro mil pesos
os la he dexado ajustada.
Ella es una Baronia
llena de enredos, y trampas; *ap.*
mas venga la mosca, y luego
por donde puedan que salgan.

Lorenz. Venga el título, y la cosa
quede al punto rematada.

Rup. Por si la hacen ver, es fuerza
apelar aquí á la maña. *ap.*
Pues Señor venga el dinero
porque su dueño le aguarda.

Lorenz. El caso es que no podemos
entregarlo hasta mañana.

Rup. Lo siento porque su dueño
esta noche en posta marcha
y necesita el dinero.

Lorenz. Si hasta mañana esperára...

Rup. No puede ser.

Lorenz. ¿Pues qué haremos?

Blas. ¿Quién eso dudá? Comprarla
que yo he de ser Baronesa
aun que se abra la casa. *Vase.*

Lorenz. Don Simon si vos en pago
de vuestra deuda buscárais
algun dinero... *Sim* Hasta que
pasen dos ó tres semanas
no puede ser, con motivo
de que las letras giradas
á mi favor de Sevilla,
de Cordoba, y de Granada
no cumplen hasta aquel tiempo;
lo que me pesa en el alma
por no poder daros pruebas
de mi gratitud hidalga.

Lorenz. ¿Si se detuviera un poco?

Rup. Tiene la posta ajustada.
Lo mas que yo puedo hacer
es daros una hora escasa
para buscar el dinero;
baxo de esta circunstancia
voy á decirselo al dueño
para ver si á ello se allana. *Vase.*

Lorenz. ¿Qué pierda yo una ocasion
tan favorable por falta
de dinero? ¿Que haria yo
por que no se malograra?

Sim. Yo bien sabia un arbitrio
que como usted le tomara
ahora mismo de una empresa
podria salir tan ardua.

Lorenz. ¿Y qual es?

Sim. Que si ahora el huésped
en su quarto no se hallara
con la llave maestra abrieseis...
Y supuesto que son tantas
sus riquezas... Del asunto
salieseis con esta traza.
Y despues de aquello mismo
que os diese, á poner tornarais
con el mismo disimulo
la cantidad extraviada.
Por ahora amigo mio
yo no puedo daros nada,
pero de consejos de estos
os puedo dar abundancia.
Yo lo hago porque ella chupe

para en el juego chuparla. *ap.*

Lorenz. Mucho extraño Don Simon que me aconsejeis tan baxas acciones. Idos con Dios y no provoquéis mi saña.

Sim. Bien dicen que una obra buena la premia con una mala. *Vase.*

Lorenz. ¿Qué arbitrio podré tomar para salir de tan ardua empresa? Para la idea que me ha sugerido Blasa de emplear todo el caudal en plantificar mi casa, la Baronia podia ser de ello la primer basa. Pero los quatro mil pesos en que ha quedado ajustada, ¿cómo juntarlos podria? ¿Si hubiese quien me tomara las alhajas, las preseas de mi muger empeñadas? No hay tiempo, y además de eso no querrá mi muger darlas, y era después de la quiebra dar una gran campanada. ¿Pues qué haré? Porque si acaso la coyuntura se pasa, tal vez no encontraré otra, y el dinero se malgasta. Estos titulos pomposos que á los hombres tanto agradan, por conseguirlos los hombres, ¡qué desventuras no pasan! ¡Qué inciensos falsos no rinden! ¡Qué angustias no se preparan! Casi me atrevo á decir que en esto es tanta nuestra ansia, que hay hombre que por un timbre cometerá una accion baxa; y yo estoy resuelto á ella á pesar de mi crianza y de mi honradez; un hombre á quien las pasiones mandan, está dispuesto á seguir aun la senda mas errada. Un consejo que yo mismo desprecié con fuerza tanta, voy á seguir, por dexar la idea verificada de ser noble... Pues Don Bruno

ahora está fuera de casa voy por la llave maestra que en la papelera se halla. Ya la tomé... ¡Qué pavor tan fiero me turba y pasma! ¡Qué confusion se apodera de mi pecho! ¡Qué fantasmas! ¡Qué visiones tan terribles el discurso me retrata! Dexo mi idea; abandono una accion tan temeraria; y dexo... Si devolviendo el dinero, subsanara la accion, me resolveria... ¿Pero si al ejecutarla me encuentran? ¿Cierro las puertas y está esta duda salvada. Una vez que enteramente están las puertas cerradas, voy á abrir... Pero parece que sobre mis hombros carga de toda la iniquidad el peso enorme: que embargan mis pies confusos, y torpes las cadenas de la infamia. Pero ya estoy despechado y ya nada me acobarda. Abro, pues que para el hecho me es la tardanza contraria.

Vá á abrir, y abre de pronto Don Bruno, y le sorprende.

Brun. ¿Qué busca usted? ¿Hable usted? ¿Con esa llave que trata?...

Lor. Ved que yo venia...

Brun. ¿A qué?

¿Que tiembla usted? ¿Qué le espanta?

Míreme usted sin rubor.

Manifiesteme su cara.

Una vez que usted reusa decirme lo que buscaba, yo se lo diré. *Entra.*

Lorenz. Mirad...

Yo no sé lo que me pasa.

Brun. Sé que al frenesí de usted *Saca dinero.*

le están ahora haciendo falta

quatro mil pesos. *Lorenz.* ¿A mi?

Brun. Tomelos sin mas tardanza que ahí van.

Lorenz. Ay Dios que oyó *ap.*

todas nuestras confianzas.
Brun. Ahí los tiene usted, y de ellos
 haga lo que le dé gana.

Lorenz. A vuestros pies...

Brun. Si esto es poco,
 tome quanto hay en mi estancia,
 tomelo, yo se lo doy
 por evitarle la infamia
 de que muera en un suplicio
 por ladrón; ¿Vaya que tarda?
 Entre por ello, que tengo
 en mas estima la fama
 del hijo de un Bienhechor,
 que todo el oro y la plata
 que la codicia desea
 y consume la arrogancia.
 ¿Me podía subsanar
 ningún tesoro las ansias,
 y el dolor que yo tendria,
 al ver morir en la plaza
 á un descendiente de mi amo?
 ¿A su propia semejanza?
 ¡Ay Amo mio! Si vos,
 á un hijo vuestro mirarais
 en un patíbulo indigno,
 siendo de la plebe baxa
 curiosidad, mas que exemplo,
 ¿no era fuerza que vuestra alma
 de los céntos de la vida,
 se saliese avergonzada?
 Insensato, miserable,
 escucha todas tus tramas,
 tus ideas, tus delirios.
 ¿Con qué tu con una infamia
 quieres adquirir un timbre
 que la heroicidad ensalza?
 ¿Sabes tú lo que es nobleza?
 ¿Sabes en qué está fundada?
 En la virtud. ¿Y es virtud
 robar para negociarla?
 O los hombres están locos
 quando de estas cosas tratan,
 ó yo enteramente el juicio
 he perdido. ¿Imaginabas
 que el noble que no es honrado
 es noble? ¿Qué con las baxas
 acciones puede adquirirse
 ningún lustre? Tu insensata
 conducta, ¿ves á qué extremo
 de oprobio y de extravagancia

te ha reducido? Tu dócil
 caracter; tu demasiada
 inclinacion á tu esposa,
 te ha hecho objeto de la saña,
 victima de la miseria,
 y ruina de esta casa.
 Solo para convencerte
 (si convencido no te hallas)
 de tus excesos, pregunta
 á lo interior de tu alma,
 si á quien te pagó la quiebra,
 si á quien te volvió á tu estancia
 desde una cárcel, si á quien
 de hacerte dichoso trata,
 es justo que en recompensa
 á robar su cuarto vayas.
 Ingrato, de tu familia
 oprobio, entre tus infamias
 confundete... ¿Lloras? ¿Son
 tus lagrimas dimanadas
 del arrepentimiento? Dilo.
 ¿Vuelves á echarle á mis plantas?
 ¿Me riegas los pies? Pobre hombre,
 no llores mas... Vaya, calla;
 y si es tu arrepentimiento
 verdadero, perdonadas
 dexas en parte tus culpas;
 ya no hablemos mas palabra
 del asunto. El pecador
 que se arrepiente, alabanza
 merece, no vituperio,
 y Dios así nos lo manda.
 Abre las puertas, y cuida
 de ser amo de tu casa;
 si no reñiremos... Vete,
 y á nadie le digas nada:
 que el asunto que ha pasado
 no ha de salir de esta sala,
 y llevate ese dinero
 para tus extravagancias.

Lorenz. Padre, padre que este nombre
 desde hoy os darán mis ansias,
 vuestra generosidad,
 vuestra noble tolerancia
 tan confuso, tan turbado
 me dexan, que mis palabras
 no pueden articular,
 mas que repetir con ansia
 que sois mi padre, que un hijo
 indigno de vuestra gracia,

os ha ofendido, que llora
arrepentido su mala
conducta, que detestando
está sus culpas pasadas,
que se sujeta en un todo
á vuestra correccion sábia,
y al castigo, ó al perdon
que deis á mi fiera audacia.
Estó os suplico Don Bruno
anegado entre mis ansias.

Brun. Dame los brazos.

Lorenz. ¿He vuelto
otra vez á vuestra gracia?

Brun. Si pensais conforme dices
serás mi amigo. *Lorenz.* Palabra
os doy si he de merecerlo
por medio de mi mudanza,
de que de vuestra amistad
cuenta prodigios la fama
Y por Dios ese dinero,
apartad sin mas tardanza
de mi vista, porque al ver
que iba á cubrirme de infamia,
el corazon de dolor,
siento que se despedaza,

Brun. ¡Al ver tu arrepentimiento
que gozo recibe el alma!
¿Querrás creer que ahora me eres
mas amable? Si pensarán
todos como yo; los hombres
no mostrarán pertinacia
en enmendarse.... Mas como
ven que á aquel que tuvo faltas
(aun después de corregidas)
sus faltas le echan en cara,
doran sus vicios, y en ellos
siguen por no hacer mudanzas,
que indiquen que su conducta
no fue la mas arreglada.
Pero el Escribano... ¿Y bien.

Salé el Escribano con tres testigos.
traeis del todo acabada
la escritura? *Escrib.* Si señor.

Brun. Vamos al quarto á firmarla.

Escrib. Por la prontitud con que
ha querido usted se haga,
he dexado un testamento
por otorgar, una carta
de dote sin concluir
una providencia dada

sin notificar, y en fin
me he dado para acabarla
un rato; que la cabeza
aun la tengo atolondrada.

Brun. ¿Y todo eso me lo haceis
presente porque yo vaya
á hacerlo por vos? *Escrib.* Lo digo,
porque sepais la eficacia
con que os sirvo.

Brun. Vaya un polvo abano.

Escrib. Infinitas gracias.

Brun. ¿Escribano, y no tomáis?

Escrib. Conforme lo que me alargan.

Entran.

Lorenz. Ya ha llegado la ocasion
de cumplir con mi palabra
y de hacer ver que mi enmienda
es verdadera... Mas Blasa
viene. *Sale Doña Blasa.*

Blas. Vaya. ¿Qué tenemos?
¿Está ya el dinero? Habla.
¿Suspiras? ¿Te has demudado?
Mira que ya ha una hora larga
que se ha ido Don Ruperto.
No andes con disculpas vanas
que yo he de ser Baronesa.
Ya otra cosa no faltaba
sino que la Señoría
perdiésemos: anda y trata
sino tienes el dinero
de ver de donde le sacas.

Lorenz. Para darte la respuesta
esperame en esta sala. *Vase.*

Blas. Con la Baronía, y con
unas rentas necesarias
para vivir con el lustre
debido á las circunstancias,
vean si un papel haremos
mas brillante en toda España
que ninguno del comercio.
Viven muy preocupadas
las gentes. ¡Quánto mas brillo
tiene aquel que no hace nada
con un título, que el hombre
que sacrifica á la patria
sus tareas é intereses,
propagando la abundancia.

*Salé Don Lorenzo con una llave, y
una almoadilla en la mano.*

Lorenz. Aquí tienes la respuesta;

no te aturdas , aqui se halla
 esta llave , significa
 de un Convento la morada;
 esta almoadilla , el oficio
 de toda muger casada:
 de estas dos cosas elige
 aquella que te complace;
 en el supuesto , que hoy mismo
 ó has de quedar encerrada,
 ó á ser madre de familias
 te has de sugetar. *Blas.* ¿Qué habla
 usted? ¿Qué es lo que usted dice?
 Pero esto será una chanza.

Lor. No es chanza , no: el despotismo
 con que sobre mí mandabas,
 se acabó ya; las continuas
 desventuras , las desgracias
 repetidas , de mis ojos
 han roto las cataratas.
 Tu no sabes á que extremo
 mi condescendencia fatua
 me ha conducido ; por ella
 y por esa pompa vana
 de la nobleza , me he expuesto
 á morir lleno de infamia
 en una horca , un delito
 que por seguir tus pisadas
 iba á cometer , si el cielo
 su execucion no me embarga
 me dirigia al suplicio,
 al desonor me arrastraba.
 Considera los efectos
 de tu ambicion insensata.
 Por hacerme mas , y tu
 por imitar á otras varias,
 que piensan que el ser señoras
 es ser dementes y vanas,
 me has hecho triste juguete
 de la fortuna voltaria.
 Por tí he perdido los fondos,
 por tí he arruinado mi casa,
 por tí me he visto en la carcel,
 y por tí iba la mas baxa,
 la mas torpe accion á hacer,
 iba á robar en la estancia
 de Don Bruno , para hacerme
 noble , la suma pactada
 de la Baronía ; que estas
 eran las muestras que daba
 de gratitud al favor

que su bondad tan sin tasa
 nos dispensa. Estos recuerdos
 en tu memoria repasa
 y desmenuza su fondo
 con madurez concertada,
 y resuelve ; en el supuesto
 que inflexible mi constancia
 el partido que adoptases
 aquel pondrás luego en planta.
 Medita , piensa , convina,
 que yo me voy de la sala
 para que con libertad
 decidas en dudas tantas.

Blas. Espera , todos los yerros
 de que me haces á mi causa,
 aunque dimanan de mí
 de tí tan solo dimanan:
 tú tienes de ello la culpa,
 tú la tienes , ¿qué te espanta
 porque qué hombre , sabiendo
 que es la muger inclinada
 al luxo , á la diversion,
 y que de estas cosas pasa
 á inclinarse á otras , sigue
 sus disparates , abraza
 sus extravagancias. ¿Qué hombre,
 vuelvo á decir , á las fatuas
 idéas de su muger
 se sujeta? ¿Nuestras flacas
 y debiles reflexiones,
 quién no conoce ? Las casas
 deben ser por los maridos
 regidas y gobernadas.
 Asi como el poco amor
 con la muger desagrada,
 desagrada el excesivo
 quando á la razon ultraja.
 La muger debe estimarse,
 y al paso tenerse á raya.
 ¿Has hecho tú nada de eso?
 ¿Me has procurado con mañana
 cortar el luxo? Al contrario,
 pendiente de mis palabras,
 aun que haya sido un delirio
 has cuidado de observarlas;
 con que de tí y no de mí
 deben quejarse tus ansias;
 y aun que objetarme tu quieras,
 que esto solo dimanaba
 de tu genio docil , sabe

que esa disculpa no basta,
porque el hombre ha de ser hombre
con su muger y su casa.

Lorenz. Tienes razon, reconozco,
que de todo soy la causa.

Salen del quarto Don Bruno, el Es-
cribano y testigos.

Escrib. ¿Con que esos dos perillanes
tienen todas esas mañas?

Brun. Y otras. Callo lo del robo
por Don Lorenzo. *ap.*

Escrib. Sin falta
yo daré parte á mi Alcalde
para reprimir su audacia. *Vas.*

Brun. Aquí teneis miserables
el iris de vuestra casa,
aqui teneis la cesion

les enseña la escritura.

de lo que mi fe os señala
para vuestro bien estar;
pero leed las circunstancias
que puede ser no acomoden
enteramente á Madama.

Blas. Don Bruno, no admitiré
de ningún modo la gracia
que nos haceis, sin que de otra
me deis primero palabra.

Brun. ¿Y qual es?

Blas. Que os hagais cargo
en un todo de esta casa,
porque ni de mi, ni de este
tengo la menor confianza.
Quiere vivir arreglado.
Quiere vivir moderada,
pero la ocasion, en quien
tuvo una conducta fatua
es expuesta. Me conozco
y le conozco, y se salva
de este modo todo riesgo
de volver á la desgracia.

Lorenz. Dame los brazos Esposa.

Brun. Antes quiero regalarla.
Tome usted ese brillante.
Ya puedes ahora abrazarla.
Aun que os doy cien mil ducados,
y de gobernar se encarga
mi honradez vuestro comercio,
no quiero que me deis nada,
lo hago porque á vuestro Padre
quiero agradecer las gracias

que me hizo... Aquí parece
que se acercan los dos maulas.

Salen Don Ruperto, y Don Simon.

Rup. Vaya señor Don Lorenzo,
¿teneis la suma aprontada
de la Baronía? **Sim.** Amigo,
es un negocio que espanta,
todos quantos lo han sabido
dicen que comprais con ganga.

Rup. ¿Que decis?

Brun. ¿Esos qué quieren?

¿Qué traen? ¿No hablan palabra?

Rup. Señor yo traia el Arbol
Genealogico. **Brun.** ¿Que alhaja!
Venga... Está grandemente hecho.

Pero para uno que trata
en hacerse útil al Reyno
no le es esto de importancia.

Del merito, y la virtud
es la nobleza la paga;
sé útil, sé virtuoso

y te premiará el Monarca
con un premio que valdrá
mas que las pompas pintadas,
supuestas la mayor parte
para enganar la ignorancia.

Le rompe. (roto

Rup. ¿Que habeis hecho? ¿Qué habeis
de Don Lorenzo las armas?

Brun. Vaya usted con sus enredos
á alucinar la arrogancia
de aquellos que en estas cosas
fundan todas sus hazañas;
y usted, Señor seductor, á D. Sim.
de esta casa al punto salga,
antes que de otra manera
mi razon se lo persuada.

Sim. ¿Cómo á unos hombres de honor
de este modo se les trata?

Sale Mariquita.

Mariq. El Portero del Alcalde
vecino. á ustedes dos llama.

Rup. ¿Qué nos quiere?

Mariq. Que sé yo.

Sim. De está vez voy á las armas. *Vase.*

Rup. De mis embrollos querrá
tomarme ahora cuenta exacta. *Vase.*

Blas. Esta por chismosa, quiero
que tambien de casa salga.

Mariq. Si yo he chismeeado, ved

que

que no fue por cosa mala,
sino solo por cumplir
con la deuda da criada.

Lorenz. Tendiendo nosotros juicio,
le tendrá elia. *Brun.* Ahora falta,
que yo me haga à mí dichoso,
buscando alguien con quien parta
mi fortuna. Yo he resuelto
casarme. *Blas.* ¿Vos? ¡Nueva infausta!

Brun. Si. *Lorenz.* ¿Y nos dexais?

Brun. En ti pende
que me quede, ó que me vaya.

Los dos. ¿Cómo?

Brun. ¿Digo señorita?

Sale Doña Antonia.

Aquí un asunto se trata
de usted. Yo quiero casarme,
con usted. Pero nos falta
que su hermano de usted quiera.

¿Está usted? Y si se allana
à ello, baxo un domicilio,
baxo una ley, y una casa,
viviremos disfrutando

del amor las dulces calmas.

Lorenz. Yo me tendré por dichoso
como consienta mi hermana.

Brun. ¿Consiente usted? ¿Quiere usted?

Ant. Fuera, si lo reusára
muy necia, quando en el hombre
busco el merito en el alma.

Brun. Ya me casé; quiera Dios,
que sea util á la patria.

Blas. En vez de cuñada, Antonia,
en mi encontrarás hermana.

Brun. Supuesto que Dios á todos
nos ha colmado de gracias,
tributemos á su nombre
con rendimiento alabanzas:
Y el hombre desconocido,
al hombre; el que la desgracia
de otro hombre no remedia,
teniendo medios y causas,
confundase con la accion
de la pieza executada.

Todos. Viendo al hombre agradecido
como el beneficio paga.

F I N.

Barcelona : Por Juan Francisco Piferrer , Impresor de S. M. ; vén-
dese en su Librería , administrada por Juan Sellent : y en
Madrid en la de Quiroga.